

Traducir la ciencia

José Ramón Trujillo

«Debe usted dedicarse a la ciencia —le dijo el editor al joven traductor literario—, porque ha conseguido un imposible alquímico: convertir cien hojas de papel en puro plomo». Y, efectivamente, el traductor —recién egresado de la universidad— siguió sumiso el consejo, abandonó la literatura y se dedicó por entero a la traducción científico-técnica.

Esta área de la traducción profesional, de gran raigambre en España, dio sus primeros pasos en una Edad Media en que la pobreza tecnológica de los reinos cristianos convirtió en necesidad la traslación de numerosos textos árabes. La labor de centros cluniacenses como Ripoll, Silos o Sahagún durante los siglos xxi y xiii, continuada luego por Toledo, puso al alcance de toda Europa (en latín primero; más tarde en un relumbrante castellano) la riqueza tecnológica y espiritual árabe y, a su través, el genio persa, hindú, y sobre todo griego. La traducción se realizó siempre en equipo y, prácticamente hasta el siglo xv, de forma anónima. Física, matemáticas, astrología, medicina, geología y alquimia fueron las materias, junto con la filosofía, sobre las que los trujamanes volcaron su fecundo esfuerzo. Un esfuerzo que introdujo nuevos términos y formas de decir inéditas en nuestra lengua.

En nuestros días, el desnivel tecnológico con los países anglosajones nos ha llevado a una imperiosa necesidad de traducción de textos científico-técnicos, pero con el inglés como lengua fuente. Y, como en la Edad Media, equipos anónimos dedican sus horas a una traslación contrarreloj de estos textos, de validez ahora fugaz; pensemos, por ejemplo, en los manuales de programas informáticos, en las instrucciones de las lavadoras o en los prospectos de algunos medicamentos.

Contemplando nuestra secular tradición de traducción científica, parece increíble que en estos tiempos de especialización sea el joven mal pagado que rechaza el editor literario —o peor, el informático o el médico de turno *que se ha animado*— quien lleve todo el peso en este sector. Y que se consienta con ello un brutal empobrecimiento de la lengua española.

La vida efímera de la mayor parte de las actuales obras científico-técnicas conduce indefectible e inexcusablemente a su ilegibilidad. No está de más recordar que en los equipos de traducción medievales hubo casi siempre un *emendador*, responsable de la redacción final. Hoy los calcos lingüísticos, un estilo plumizo y segmentado —o mejor, descoyuntado—, una sintaxis anoréxica y la agramaticalidad por doquier llevan al lector a maldecir la hora en que no aprendió inglés. Sobre todo si, confundido, ha equivocado las dosis al leer la receta de un laxante.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>)